

LA PLATERÍA EN FERROL

Beatriz Méndez García
Facultad de Humanidades de Ferrol

El tema en cuestión que voy a exponer, trata sobre el arte de la platería en Ferrol, más concretamente sobre los objetos de orfebrería que actualmente se encuentran en algunas de las iglesias de la citada ciudad. Para tratar dicho tema he considerado conveniente realizar primero una pequeña introducción histórica del origen de este oficio, que como podremos ver a continuación, su desarrollo iría muy ligado al crecimiento industrial y poblacional de Ferrol de ahí, la importancia de este oficio.

Gracias a las primeras noticias que aún se conservan hoy en día sobre este tema, podremos conocer el inicio, desarrollo y posterior perfeccionamiento de la técnica, así como la formación del primer gremio oficial de plateros en Ferrol. Hablaré también, sobre los plateros que más destacaron y los lugares más comunes donde se solían asentar y donde también desarrollaban su trabajo. En resumen; trazaré, de forma esquemática, la trayectoria de esta disciplina; su nacimiento, desarrollo, y por último, su inevitable desaparición.

Para terminar me centraré en determinadas piezas de platería y orfebrería que actualmente se encuentran en las iglesias de Ferrol, y que en más de 1 ocasión nos resultarán archiconocidas, ya que suelen ser utilizadas en procesiones, misas, o en otros ritos litúrgicos. Debido a la gran extensión y duración de tiempo que supondría hablar de todas y cada una de ellas, he escogido dos de las parroquias que a mi juicio son las más importantes; tanto desde el punto de vista histórico, al ser la primera que se creó en Ferrol, la iglesia de San Julián, como desde el punto de vista socio-cultural, por ser ambas las más conocidas entre la mayoría de los ciudadanos de Ferrol y por contener el mayor número de objetos de culto divino. La segunda es Nuestra Señora del Carmen.

LOS ORÍGENES DE LOS PLATEROS EN FERROL

La presencia de plateros en Ferrol con anterioridad al siglo XVIII fue bastante escasa, aún teniendo en cuenta lo crucial que fue desde diferentes puntos de vista para la historia local, pero es normal si pensamos que el número de plateros afincados en Ferrol iba parejo al desarrollo poblacional ferrolano. Así pues, tanto el número de plateros como el de la población serían proporcionales. Las primeras noticias que se han encontrado sobre la platería de Ferrol datan de mediados del siglo XVII, exactamente del 1645, procedentes de una breve relación de las piezas existentes en la iglesia parroquial de San Julián. A partir de esta fecha, y avanzando en el tiempo, podemos ver las continuas relaciones que se producen del aumento de las piezas en dicha iglesia.

Pero antes de seguir con la explicación histórica, es conveniente volver atrás en el tiempo, y recordar una capilla que fue destruida en 1750 por la Armada, debido a que estaba situada en las proximidades del lugar escogido para la ubicación de los artesanales de Ferrol, en la zona del llamado Ferrol viejo. Dicha capilla se la conocía por el nombre de la Magdalena, y es importante para nuestro trabajo, ya que el primer nombre que se ha encontrado de la existencia de un platero en Ferrol está relacionado con dicha capilla. Esta información, según el libro de Francisco Javier González Rodríguez, "El arte de la platería en Ferrol", se encuentra en un texto de 1743 donde se puede leer que por dicha capilla se abonó una cantidad determinada de dinero para la realización de un cáliz y una crismera a Jaime Tomás.

Jaime Tomás es pues, el platero más antiguo que se ha podido documentar en Ferrol hasta el momento. Pero de este tema hablaré un poco más adelante, cuando trate el tema de los primeros plateros de Ferrol, ahora continuaré explicando el porqué del origen de este oficio.

Los acontecimientos políticos desencadenados por la Guerra de Sucesión (1701-1714) dieron origen al actual Ferrol. Razones defensivas, militares y económicas llevan a que el rey Felipe V y su ministro Patiño opten, en 1726, por Ferrol como capital del Departamento Marítimo del Norte. Con esa capitalidad llegarán las impresionantes obras de los arsenales que, de la mano de grandes ingenieros militares, se irán realizando en Ferrol. Gracias a esto, la población irá aumentando considerablemente, y parejo al desarrollo urbano será la construcción de numerosas iglesias y capillas, que nacerán para satisfacer el sentido espiritual a esa emergente población.

Ese nuevo Ferrol Borbónico tenía unas necesidades que habrían de ser cubiertas, de ahí que a partir del siglo XVIII se aprecie una mayor presencia de oficios de todos los tipos en Ferrol. Los escultores llegarán para trabajar en los arsenales y alhajar con sus imágenes los templos recién terminados. Y los plate-

ros, lógicamente, no serán una excepción. Se asentarán en el nuevo Ferrol, pues su trabajo era necesario para todo lo relacionado con la realización de objetos de culto religioso. Las capillas ya estaban construidas y ahora faltaban, entre otras piezas, los vasos sagrados sin los cuales los cultos no se podían celebrar. Además la nueva burguesía instalada tendría unas necesidades que serían cubiertas por estos plateros. Es así y sólo así, en este contexto histórico, como se entiende la importante presencia de plateros en Ferrol a partir de mediados del siglo XVIII.

A continuación hablaré de la creación del primer gremio de plateros en Ferrol, y de quienes fueron los componentes de dicho gremio, para de paso, comentar a modo de resumen, los plateros más conocidos.

La constitución del primer gremio de plateros en Ferrol y los plateros más importantes en los siglos XVII, XIX y primera mitad del siglo XX. Debido al auge económico que está atravesando Ferrol a mediados del siglo XVIII, propicia que en 1784 los plateros locales decidan constituirse en gremio, pues de esta manera su fuerza y cohesión serían mayores a la hora de defender sus intereses.

Así pues, mediante un documento protocolizado por el escribano local José Benavides, los plateros, con la categoría de maestro, residentes en Ferrol solicitan, el día 3 de marzo de 1784, la creación de su colegio. Este documento es sumamente interesante, porque gracias a él, conocemos los nombres de los artífices que, con condición de maestro, estaban asentados en Ferrol en ese momento.

En este documento se puede ver que son once los plateros maestro que solicitan la fundación del colegio (esto no excluye que hubiera muchos más plateros con las categorías de aprendices y oficiales). Podemos decir que el número de once plateros es bastante considerable, y muy acorde con la población de Ferrol, sobre todo si lo comparamos con el número de plateros con categoría de maestro existentes en el colegio fundado en 1778 en La Coruña, que eran doce. Estos once maestros plateros afincados en Ferrol, en el año 1784 deciden formar su gremio y pedir el aprobamiento de unas Ordenanzas particulares. Anteriormente ya en 1771, el rey Carlos III había promulgado unas Ordenanzas generales para todas las platerías del reino, pero dada la importancia del gremio de Ferrol, éste recibirá una Ordenanza particular del ilustrado monarca, mediante una Real Cédula despachada en el Real Sitio de El Pardo el día 5 de marzo de 1786. Aunque este documento histórico tan importante ha sido imposible encontrarlo.

Hay que señalar que el Ayuntamiento ferrolano siempre mantuvo una fluida relación con el colegio de plateros local, siendo transmisor, cuando era su obligación, de las órdenes que los artífices debían cumplir.

Ese gremio de plateros, que nace en 1784, irá siguiendo los avatares de la emergente población, acusando, como es lógico, las épocas de bonanza y penuria por las

que Ferrol pasará con el transcurso de los años. Así sabemos que, el gremio de los plateros, al igual que otros oficios agremiados, acusarán la crisis económica del país hacia el 1825, aunque años más tarde (1829) se reconstruirá nuevamente. También sabemos que en el año 1832 seguía existiendo el citado gremio, gremio que como hemos dicho, fue paralelo a la realidad socioeconómica de la naciente población.

En cuanto a la presencia de plateros en Ferrol, como ya comenté en la introducción, tenemos constancia documental de que existen desde el siglo XVIII. Antes de esa época es lógico que la pequeña villa de Ferrol contase con algún platero, pero como he intentado dejar claro, la platería ferrolana emerge, de la misma forma que otras manifestaciones locales, a mediados del siglo XVIII, cuando la villa sirve de centro para la Armada.

A lo largo de esos doscientos años se han contabilizado la presencia de, aproximadamente, unos setenta y ocho plateros. De ello se tienen noticias gracias a los documentos conservados y a las piezas que se guardan.

Como bien sabemos cuando se forma el gremio de los plateros constaba de once maestros. En el último tercio del siglo XIX hay bastantes plateros trabajando en Ferrol, aunque la mayoría lo hacía con procedimientos mecánicos, habiéndose perdido ya el verdadero trabajo artístico. Además, en esta época, hay muchos plateros que son transeúntes en Ferrol, y otros que se establecían por poco tiempo en la ciudad. Algunos de ellos vienen acompañados de su familia, y se da la peculiaridad de que, censan a toda su familia como plateros, por esto, no nos debemos dejar engañar por el gran número de artífices, ya que muchos de ellos no ejercían debido a su condición de infantes.

A continuación voy a exponer una lista de los plateros clasificados por siglos, desde mediados del siglo XVIII, hasta principios del XX:

- Medios del siglo XVIII: Jaime Tomás, Francisco Carlos Tenreyro, Antonio Silva, Antonio Roger.
- Último tercio del siglo XVIII: Benito Antonio de Pazos, Antonio Espino, Narciso Antonio Pinto, Pedro Cordido, Juan Pascal, Francisco Cordido, Ramón Lorena, Francisco José Pereira, José Durán, Antonio Fernández y Joaquín Silva
- Primer tercio del siglo XIX: Domingo Antonio de Castro, José de Silva, Manuel Vázquez de Romay, José González Lobo.
- Segundo tercio del siglo XIX: Jacinto Vázquez Romay, Domingo de Castro, José de Castro, Nicolás Silva, Jacinto Vázquez y Segade, Joaquín Vazquez, Pascual Lenzano, José Lenzano, Benito Lacazi, Antonio Cebreiro Francisco Cebreiro, Federico Morfadín, Antonio Viaño.

- Último tercio del siglo XIX: Tomás Lenzano y Morfadín, Rodríguez, Camilo Casal, Manuel Ramos Caruncho, José Romero Vizoso, Benito Piñeiro Vizoso, José Álvarez Pita, Manuel Plamós Casal, Paulino Iglesias Prieto, Ramón Barros y Seoane, Juan Barros y Salgado, José Álvarez, Felicio Álvarez, Miguel Ferrán Álvarez, Pedro Paradela Fernández, Francisca Trasmonte Pequeño, José Giménez, Amalia Sanmartín, Manuel Giménez, José Giménez, Pedro Giménez, Raimundo Giménez, Adolfo Giménez, Vicente Giménez, Mercedes Bergantiños Mercedes Pampillo, Severiano Pampillo, Manuel Amor, Armando García, Juana Rico, José López Fernández, Juan Seco Seijo, José María Jiménez Cortés, Manuel Quintas Sánchez, Julio Calzada Fernández, Joaquín Angueira, Fernando García y García, Ricardo Penedo, Dionisio Freijomil Gómez.
- Primera mitad del siglo XX: Antonio López, Perfecto López Pereiro, Francisco Yáñez Pino, Alfredo Carballo Catoira, y Lodeiro.

LA FIGURA DEL “FIEL CONTRASTE”

Creo que es necesario hablar de la figura del fiel contraste, que siempre existió en todas las ciudades y villas de cierta importancia. el llamado “contraste” era siempre un platero, nombrado por el ayuntamiento, que se ocupaba de vigilar y garantizar la ley de plata y oro de todos los objetos que se hicieran en su localidad en esos metales. una vez comprobada la ley establecida, debía imprimir su marca personal y la de la localidad en el objeto que se le presentase, y así certificar la total garantía de la pieza. así pues, todos los plateros al acabar de realizar una pieza tenían que presentarla al fiel contraste, para que éste, después de comprobar la buena ley mediante el ensayo de la misma, imprimiese su marca personal de fiel contraste, generalmente su apellido, y el símbolo de la localidad, requisito fundamental para que la pieza pudiese ser vendida con todas las garantías. el procedimiento de gravado que utilizaban era mediante el uso de un punzón, ejerciendo una ligera presión y así dejaban impresas en la plata dichas marcas.

Lo común de las villas era imprimir su escudo junto con el apellido del fiel contraste, pero en Ferrol, debido a que cuando se comenzó a realizar esta labor carecía de escudo, su marca de la localidad siempre consistió en una letra F capital rematada por una corona real cerrada, como símbolo de la letra inicial de dicha ciudad.

En Galicia existieron hasta seis centros plateros que poseían un fiel contraste. Éstos eran: A Coruña, Tuy, Orense, Santiago de Compostela, Lugo y Ferrol. Ferrol contaría con la figura del fiel contraste desde el siglo XVIII. El primero sería Juan de Gracia Durán y San Jurxo, nombrado por el Ayuntamiento el 7-9-1763, aunque hasta el mes de mayo del año siguiente no ejerció su cargo, pues hubo de obtener la aprobación real. El nombramiento duraba seis años, aunque hubo algún fiel con-

traste al que se le renovarí­a el mandato, por ejemplo el platero Manuel Vázquez de Romay que estuvo ejerciendo de contraste durante treinta años.

LUGARES DE ASENTAMIENTO DE LOS PLATEROS DE FERROL

Es bien sabido, que la costumbre de agruparse en una calle o plaza los artesanos de un determinado oficio, fue algo habitual en los reinos hispánicos desde la Edad Media. Los plateros ferrolanos, a lo largo de la historia, tuvieron abiertos sus obradoiros en varias calles de la población. Pero resulta llamativo que, a finales del siglo XVIII, al poco tiempo de erigirse el gremio local, varios de ellos se agruparon en la calle de San Francisco, que llegó a tener cuatro tiendas y obradores de plateros, por lo que muy bien podemos decir que, en cierta medida, esta calle ferrolana fue, en esos momentos la propia de los plateros ferrolanos.

En efecto, según se sabe, al menos entre 1797 y 1805, tuvieron abierto su obrador en esta calle de San Francisco los siguientes plateros ferrolanos: José González Lobo, nº 34; José de Silva, nº 37; Antonio Espino, nº 61; y San Francisco Cordido, nº 62. Con el transcurso del tiempo, los plateros se distribuyeron por el resto de la población. Así ya en la segunda mitad del siglo XIX encontramos obradores abiertos en las calles de Sinforiano López, Galiano, Magdalena, María, etc.

Tras esta introducción en el mundo de los plateros que acabo de exponer, pasaré a continuación a hablar de las piezas de orfebrería que aún se conservan, y las que por medio de documentos sabemos que han existido en la antigüedad pero que por diferentes motivos actualmente no existen, y el motivo de la desaparición del oficio de los plateros. Para pasar directamente, al comentario de la orfebrería de la iglesia; la Parroquia de San Julián y de forma muy breve un comentario del cáliz de Nuestra Señora del Carmen y de su sagrario.

HISTORIA, CREACIÓN, EXISTENCIA Y DESAPARICIÓN DE LAS PIEZAS DE PLATERÍA

Diversos acontecimientos históricos, acaecidos fundamentalmente en el siglo XIX, repercutieron en la plata religiosa conservada en los templos ferrolanos. Dos hechos, decisivos en la convulsa historia de España del siglo XIX, fueron los que incidieron negativamente en la conservación de la plata religiosa ferrolana: la Guerra de la Independencia y la Primera Guerra Carlista, también habría que citar, aunque a menor escala, la Guerra Civil de España.

Gracias a Montero Aróstegui, en su libro "Historia y descripción de El Ferrol", Puentedeume 1972; sabemos que los franceses estuvieron en Ferrol

durante casi cuatro meses, del día 27 de enero de 1809 hasta el 24 de mayo de ese año, aunque su total marcha no se produjo hasta el 21 de junio del mismo año. Durante su permanencia en la villa, los franceses respetaron las alhajas de los templos, por lo que podemos afirmar que el equipaje del rey José, en expresión galdosiana, “fue vacío de plata ferrolana”.

Pero la larga Guerra de la Independencia (1808-1813), que España sostuvo frente al invasor, sí que provocó serias pérdidas en las piezas de plata conservadas en los templos de Ferrol. En efecto, fue práctica habitual que, para sufragar la compra de armamento y costear otros gastos provocados por la contienda, el Estado recogiese algunas alhajas de plata de iglesias y catedrales para que, una vez fundidas y convertidas en dinero metálico, sirviesen a ese fin antes aludido.

Por los datos recogidos de una Real Orden que la Suprema Junta de Gobierno envió a todos los arzobispos y obispos del reino, del 8 de abril de 1809, sabemos que fueron encargados de entregar al Estado, “la plata que no fuera necesaria para el culto divino”. Las autoridades seguidamente, extenderían un recibo en el que constataba el valor dinerario de la plata entregada por cada centro. Los objetos de plata, lógicamente eran fundidos para así acuñar moneda con la que poder costear la contienda. El Estado se comprometía a que, cuando le fuese posible, reintegraría el valor de la plata requisada. Se trataba, pues, de una especie de préstamo o crédito que se hacía al Estado y que éste declaraba como deuda nacional. Ni que decir tiene, el grave daño infligido de esa manera a la espléndida platería española.

Otro de los acontecimientos importantes de nuestro convulso siglo XIX fueron las guerras carlista. De nuevo una serie de contiendas bélicas, esta vez entre españoles, desencadenaría la recogida de plata de las iglesias y catedrales españolas. Ferrol y sus iglesias colaboran, otra vez, entregando parte de sus alhajas de plata, aunque no se conoce la documentación relativa a ellas.

En cuanto a la Guerra Civil de 1936-1939, durante la contienda, se hizo campaña en Ferrol, como en otros lugares de la llamada “zona nacional”, para que, voluntariamente, los particulares fueran entregando objetos y alhajas de oro y plata, con el fin de reponer los depósitos de esos metales que no tenían los nacionales por estar las reservas en Madrid (zona republicana). La diferencia con las otras guerras radica en que, en este caso, no se obligaba a nadie a entregarlos, y sólo afectaba a los particulares, ya que no consta que hubiesen existido requisas de la plata de las iglesias o capillas, pues los llamados “nacionalistas” eran muy respetuosos con la iglesia. Así pues, unos lo entregarían por patriotismo, otros, quizás, por miedo, y lo entregado en Ferrol, iba a una comisión presidida por un Coronel de Intendencia de la Armada. Entre las piezas más importantes que consta que existieron pero que desaparecieron con el transcurso del tiempo, nos encontramos con que en 1753 se sabe que en la Parroquia de San Julián existía una “cruz

de Remate” y un “biril grande nuevo que remitió Don Baltasar Mosquera de Yindias” (libro de J. F. González Rodríguez, “El arte de la platería en Ferrol”).

Desde mediados del siglo XVIII (1753), la iglesia de San Julián contaba con dos cajas para servicio de portaviáticos. En la segunda mitad del siglo XX una de esas piezas fue robada de la sacristía del templo, quedando sólo su pareja. También es sabido que San Julián contaba con la cruz del pendón, obra de gran valor histórico para Ferrol, pero dicha pieza fue entregada, en 1810, como contribución de San Julián a la requisa de plata de ese año, para costear los gastos del nuevo ejército, que hacía frente al invasor francés, al igual que la realizada en 1796 por Manuel Vázquez “la cruz de Castro”, o la hecha en madera plateada en 1782.

En 1845 el Ayuntamiento se hizo con un juego de candelabros y cruz para la citada iglesia, pero estas piezas que formaban un juego de altar, de la prestigiosa Real Fábrica de Platería Martínez, de Madrid, pronto desaparecieron, sin que actualmente se sepa nada de ellas.

Una pieza de altísimo valor histórico para Ferrol era el león, de bronce dorado a fuego, que en 1822 hizo el platero Jacinto Vázquez Romay, como encargo del Ayuntamiento, para servir de insignia al Batallón de Milicia Nacional de Ferrol. Aunque la insignia, por mor de los vaivenes políticos, estuvo unos años en paradero desconocido, fue devuelta al Ayuntamiento en 1836, sin que hoy se sepa nada de su paradero.

En cuanto al ocaso de los plateros de Ferrol, el siglo XIX marcó la desaparición de los gremios, y de los plateros también, por mor de la libertad industrial. A finales del siglo XIX, al escasear los encargos eclesiásticos y sólo poder trabajar para la burguesía local, la situación de los plateros ferrolanos fue muy difícil. La total mecanización del oficio, propiciada por el progreso del siglo, conllevó la pérdida del valor artístico de las piezas de platería, y Ferrol, como tantas veces, no fue una excepción de ello. En un padrón de 1899, se constata la presencia sólo de dos plateros y un aprendiz de platero (libro de J. F. González Rodríguez antes citado).

LA IGLESIA DE SAN JULIÁN

Como es bien conocido, la iglesia de San Julián fue, desde tiempo inmemorial, la única parroquia que tuvo Ferrol hasta el siglo XIX, haciendo excepción de la iglesia castrense de San Fernando y luego la de San Francisco que desempeñaron, consecutivamente, el papel de parroquias castrenses del Departamento Naval, según el libro antes citado de Montero Aróstegui. A finales del pasado siglo, más concretamente en el año 1888, se erigieron las parroquias de Nuestra Señora de las Angustias y la del Socorro, con el fin de aliviar a la sobrecargada iglesia parroquial de San Julián.

El primitivo templo de San Julián ocupaba un terreno cercano al llamado muelle de la Cruz, en el Ferrol Viejo. Con motivo de las obras que el Estado acometió en Ferrol para construir los arsenales, el templo se arruinó por completo. En la noche del 7 de enero de 1762 se desmoronó parte de su frontispicio, cerrándose al culto el día 20 de ese mismo mes. Los cultos mientras tanto se trasladaron, a la capilla de San Roque, adonde fue llevado el Santísimo Sacramento y las alhajas del templo.

El Estado se enfrentó a la obra de construir el nuevo templo parroquial por todos conocido. El ingeniero militar Julián Sánchez Bort fue el autor de los planos del templo que, al igual que los restantes del nuevo Ferrol que se diseñarían ahora, pertenece a una estética claramente neoclásica. En 1772 fue trasladado el Santísimo a la nueva iglesia parroquial, aunque la iglesia no se acabará de construir, en su totalidad, hasta la década de los años ochenta.

El patronato de la iglesia parroquial siempre corrió a cargo del conde de Andrade y luego de los condes de Lemos, que ejercieron el señorío temporal y espiritual de Ferrol hasta que en 1733 la villa pasó directamente a la Corona. Este patronato parroquial también fue ejercido por el Ayuntamiento, que siempre corrió con los gastos de conservación y compra de alhajas y ornatos para el templo. Además, el cargo de sacristán fabricario era nombrado por el Ayuntamiento.

Una anécdota curiosa es que, desde antiguo, y merced a esa especial relación existente entre el Ayuntamiento e iglesia parroquial, había la costumbre de que el párroco fuese personalmente a buscar al Alcalde a su casa, para acompañarlo hasta el templo parroquial los días de fiesta solemne. En 1778 se vulneró tal costumbre, lo que ocasionó un sonado contencioso, que se resolvió por una concordia de 1787 en la que se establecía la obligación del cura de ir a recibir y despedir al Ayuntamiento hasta el atrio del templo. Pero siguieron existiendo problemas, pues según comenta Pedro Javier González Rodríguez, en su obra "El arte de la platería en Ferrol", el sacristán fabricario, José Ciprián Rico, en 1789 se quejaba, y solicita al Ayuntamiento que, nombre un vigilante para que cuide de San Julián. Esta relación de patronazgo del Ayuntamiento para con la iglesia parroquial de San Julián fue algo habitual, que se truncó por mor de los nuevos aires traídos por el siglo XX.

En cuanto a los elementos de culto que posee dicha iglesia, podemos citar 34 piezas en total que se clasificarían en: 6 cálices, 1 copón, 2 custodias, 1 templete, 1 cruz de guión, 1 cruz parroquial, 1 juego ciriales, 2 portaviáticos, 2 vinajeras, 1 concha bautizar, 1 paloma-naveta, 1 incensario, 2 juegos de crismas, 1 crismas, 1 corona, 2 aureolas, 1 resplandor, 1 corazón, 2 flores, 3 llaves, y un reliquiario. Pero hablar de todas nos supondría mucho tiempo, por lo que he escogido las más importantes que son: la cruz parroquial, la custodia preciosa y uno de sus cálices.

• La cruz parroquial es la insignia, por excelencia, de la parroquia. Simboliza la presencia y preeminencia de Cristo, por ello va siempre a la cabeza de las procesiones. Esta iglesia hasta 1888, tuvo siempre una o varias cruces parroquiales. Desde 1645 datan la existencia de varias cruces, que como dije antes, han ido desapareciendo, hasta que en 1796 el Ayuntamiento ferrolano encargará una nueva cruz parroquial (figura nº1) que es la que hoy se conserva y que preside los cultos parroquiales y procesiones litúrgicas.

El autor de la realización de esta cruz es harto complicada de hallar, debido a los diferentes participantes en su elaboración. Por una lado está, el sacristán fabricario de San Julián, el presbítero José Cipriano Rico, que consta como el diseñador oficial de la misma, además el diseño de éste presbítero fue retocado por el arquitecto Luis de Bernasconi (discípulo del conocido arquitecto neoclásico, Francisco Sabatini), y finalmente el proyecto fue realizado por el platero Manuel Vázquez, y por si fuera poco, en 1801, el artífice Domingo Antonio de Castro hace de nuevo la macolla, los remates de los brazos de la cruz y dorar el Cristo y la imagen de María.

Esta cruz está hecha en plata en su color y sobredorada. Su estado de conservación es bueno, debido sobre todo al alto precio que en sus tiempos se pagó por ella y por su magnificencia, lo que obligó a que siempre se intentara conservar en perfecto estado, siendo sometida a los lógicos procesos de limpieza y restauración. Sus medidas son: altura de la cruz con macolla, 92 cm; cruz con brazos de 58550 cm.

Entre las marcas que contiene podemos encontrar la letra F coronada inscrita en escudo delimitado por conspicuo filete; y M/VAZqVEZ, en casetón con la inicial sobre otro con el apellido. Estas marcas se repiten en tres sitios: en el borde izquierdo, bajo los rayos del brazo vertical de la cruz; sobre la fina moldura vertical que precede al primer toro; y en la moldura plana y vertical con la que da comienzo el cuello anterior al último toro. Es una cruz latina de brazos lisos, con tres baquetones sobredorados recorriendo todo su perfil, que en los extremos forman arcos peraltados. Los remates de la cruz, que están sobredorados, son unas formas trilobuladas compuestas a base de tornapuntas con espolones y rocalla. En el interior de los remates hay un espejo, de plata picada, en el cual, y flanqueado por dos ces, se halla cincelada una cabeza de querube, con pelo alborotado, en plata sobredorada. El remate que une la cruz con la macolla tiene más decoración de rocalla que los restantes. Del centro de la cruz cuelga un Cristo vivo, de 16 cm., en plata sobredorada. Es un Cristo de muy esbeltas proporciones, que ladea ligeramente la cabeza hacia la derecha. Los brazos soportan el peso del cuerpo y por eso forman un ángulo. El tórax es amplio, con un somatotipo mesomorfo y musculatura fluida. Se acusa bastante el arco que forma el costillaje. De los cuatro ángulos de

la cruz surgen ráfagas de rayos sobrecogedoras de tres tamaños. En los remates del reverso, la cruz presenta la misma decoración que en los del anverso; situándose en el centro una imagen de la Dolorosa sobredorada, con halo de rayos en dos tamaños. El pie de la cruz (figura nº 2) se inicia con un toro de plata picada, sobredorado, que lleva florones de cuatro hojitas dentro de círculos. Sigue después un cuello, también de plata picada, decorado por hojas de acanto apareadas.

Un gran cuerpo piriforme invertido constituye la macolla (figura nº 3) o manzana de la cruz. La parte convexa de la misma se halla decorada por cuatro pares de cabezas de serafines, en plata sobredorada, de las que cuelgan, sobrepuestas, cuatro guirnaldas de rosas carnosas y hojas, también sobredoradas. Viene después un cuello que da paso a un toro, sobredorado, similar al inicial, con decoración de flores inscritas en círculos. El varal se compone de siete cilindros, yendo todos recorridos por estrías rehundidas.

Se trata de una cruz de indudable trabajo y creación. Su neoclasicismo es patente por los brazos lisos, sin las ondulaciones propias del rococó. También sobresale la ejecución sumamente elegante, y de canon alargado, del Cristo. Pero, sin duda, lo más sobresaliente de la pieza es su espléndida macolla. Las calidades que el platero consigue transmitir a la plata, formando rosas carnosas y hojas con un total realismo, nos habla de su consumado virtuosismo. Igual destreza observamos en la cabeza de los serafines. En todo este repertorio de motivos neoclásicos contrasta la pervivencia de la rocalla y ces en los remates de los brazos. Se trata de unos arcaísmos del rococó que nos hablan de la perduración decorativa de esta cruz. En resumen, es una pieza realmente magnífica, que desde hace siglos preside todas las celebraciones litúrgicas de la iglesia, y flaqueada por un juego de ciriales, preside la procesión de la Cofradía del Santo Entierro, el Viernes Santo, y la de Corpus Christi.

• La custodia preciosa: (figura nº 4) está realizada en plata en su color y sobredorada, oro y piedras preciosas. Su estado de conservación es excelente, y sus medidas son de altura, 70 cm; y diámetro de pie, 21,9 cm. en cuanto a las inscripciones del reverso del sol son cuatro; el parroco y, varias feligresas, de la parroquia de, San Julián del Ferrol 1922. Es una custodia de las de sol, con soporte dentro del viril de oro macizo, y cristal biselado. El viril es precioso y está cuajado por treinta brillantes y dieciocho perlas. El sol se completa por sesenta rayos dispuestos en doce haces de cinco rayos cada uno. Rayos que son finos, lisos, planos y de tres tamaños, y están sobredorados. En cada uno de los espacios entre los haces brota una flor de lis, que lleva un brillante en su pétalo central. Sobre el medallón superior se dispone un tondo con un diamante de 1 cm. de diámetro. Encima de ese tondo hay una cruz latina de brazos ensanchados. Esta cruz va cuajada de cuarenta brillantes. El astil se inicia por un cuerpo piriforme, decorado

por líneas espirales, y que termina en hojas que abrazan el nudo. Éste es esférico, semejando un globo terráqueo con sus meridianos y paralelos.

Destaca el pie, que comienza por una zona elevada en el centro y que cae en perfil cóncavo. Esta parte va dividida en tres porciones triangulares por medio de tres grandes volutas exentas, decoradas por rosarios de perlas, que se apoyan sobre una gran hoja de acanto a la que sigue un continuo de perlas. En los tres espacios triangulares va la siguiente decoración: en la parte superior unas palmetas dan paso a unas coronas de laurel que enmarcan las figuras, en plata sobredorada, del Sagrado Corazón de Jesús, San Julián con cruz y palma, y la Santísima Trinidad.

Esta riquísima custodia procede de la munificencia de D^a. Concepción García Vázquez y otras señoras ferrolanas, que en el mes de junio de 1922 regalaron los ricos metales (oro y plata) y piedras preciosas para su confección. La iglesia por su parte, recaudó una cierta cantidad de dinero para atender a los gastos de ejecución de la pieza.

En cuanto a su estructura, decoración e iconografía, podemos decir que: la custodia tiene un astil con acusado sentido escultórico y de aspecto abalaustrado. Llama la atención su gran nudo esférico, precedido de un típico cuerpo piriforme, propio del siglo XVIII. El perfil estrellado del pie nos recuerda a la platería gótica. Los medallones del sol son propios del rococó, al igual que los relieves del pie, aunque hay que señalar por contra que, la decoración a base de guirnaldas, aunque en este caso sea con espigas de trigo, fue muy utilizada por el neoclasicismo, al igual que las coronas de laurel. La iconografía de la custodia nos revela claramente que ésta se hizo ex profeso teniendo en cuenta el lugar para el que iba destinada. Así, en el pie los tres relieves recuerdan la imaginería de la iglesia de San Julián, por ejemplo; el Sagrado Corazón de Jesús responde a la gran imagen que de esta iconografía conserva el templo; el relieve de San Julián, con palma y cruz, copia la iconografía de la talla dieciochesca situada en el presbiterio.

• En cuanto al cáliz: (figura nº 5) su autor fue Antonio Fernández en Ferrol en 1784. Es de plata sobredorada, y su estado de conservación es bueno. Sus medidas son: altura, 27,7 cm; diámetro de pie, 16 cm; y de boca, 9 cm. destacan las marcas en el interior del pie, ES/PINO, en doble casetón; letra F bajo corona real cerrada de cinco imperiales; y A/FRZ, en casetón pequeño sobre otro mayor; y una inscripción sobre el borde vertical de la última moldura de la peana, ANIMAS.

Cáliz de copa acampanada. La subcopa, que es mayor que la copa, lleva cincelada la siguiente decoración; dos grandes ces, formando tres grupos, rodeadas por rocalla, originan tres tarjas decoradas por florecillas. Sobre cada tarja va situada una gran rosa; la parte superior de la subcopa se decora con vegetación a base de rosas pequeñas y otras flores menudas. El astil se inicia con una moldu-

ra lisa que da paso a un toro decorado con hojas, al que sigue un cuello liso. El astil continua por un pequeño cuello rematado por una estructura arquitectónica, de tres caras, a base de pequeño frontón de segmento circular. Un cuerpo abombado, con tres cabezas de querube y racimos de uva con hojas de vid, da paso al pie. Éste es estrellado y está formado por tres grandes lóbulos y nueve pequeños que, en grupos de tres, y a modo de arcos conopiales, se intercalan entre cada lóbulo grande. Sobre los gallones van cincelados dos ces con rocalla de las que nace una gran rosa; tres rosas más pequeñas y otras florecillas completan esta decoración. Los gallones pequeños se distribuyen en grupos de tres, presentando el central una cabeza de querube con hojas de vid y racimos de uva.

Este cáliz es de una soberbia pieza, de lo mejor que conocemos, de la platería ferrolana. Podemos contemplar como su autor era un consumado maestro dentro de la estética del rococó. Al deslumbrante efecto del oro, se unen las proporciones medidas y equilibradas, en perfecta armonía en la pieza. La decoración no resta valor estructural al cáliz, pues se somete a la forma de la pieza. Sin duda el apartado decorativo es lo que más destaca. Por medio del revelado y cincelado Antonio Fernández consigue unas calidades extraordinarias en los motivos ornamentales. La pieza, aunque decorada, no presenta la exuberancia ornamental propia de ciertos cálices rococó con un más que evidente “horror vacui”. Llama la atención la ausencia de iconografía pasionista en la pieza, por otra parte tan empleada en las subcopas y pies de los cálices rococó.

Cáliz, pues, armónicamente decorado, fiel reflejo del extraordinario hacer artístico del gran platero ferrolano Antonio Fernández, y una de las obras maestras de la platería ferrolana. Viendo esta pieza, nos percatamos de cómo este platero estaba al día de los modelos de platería cordobesa de la segunda mitad del siglo XVIII.

LA IGLESIA DE NUESTRA SEÑORA DEL CARMEN

La Iglesia de Nuestra Señora del Carmen cuenta con las siguientes figuras de orfebrería: 4 cálices, 2 copones, 1 custodia, 1 jarro, 1 jofaina, 1 portaviático, 3 coronas, 1 centro, 1 aureola, 1 campanilla, flores, 1 orbe y 1 sagrario.

Por su importancia y calidad artística he escogido dos de ellas; uno de los cálices, y el sagrario.

- El cáliz, realizado por Manuel Vázquez de Romay, en Ferrol, en el año 1819, cuando era contrastador de la villa (1793-1823). Cabe señalar, que era algo muy habitual, que éste platero contrastase sus propias obras durante el largo período de tiempo en que desempeñó el cargo de fiel contraste en Ferrol.

El material en que está realizado es la plata en su color, y podemos decir que su estado de conservación es bueno. Es una copa cilíndrica, lisa y levemente acampanada en el borde. El astil se inicia con un baquetón, y luego sigue un cuello de jarrón en forma troncocónica, que continúa con una moldura de perfil en talud. El nudo está formado por un cilindro, de poca altura, al que le sigue un cuerpo cónico invertido, que lleva en su extremo inferior una banda, a modo de cilindro. El pie circular, se eleva en la zona central para recibir al astil; sigue después una moldura plana de borde vertical, para continuar con otra moldura, esta vez convexa, a la que sigue otra plana de borde vertical.

En esta pieza vemos el típico cáliz neoclásico, totalmente desornamentado, que repetirá Manuel Vázquez en su producción. Si al principio en sus piezas se apreciaban gustos del pasado barroco, a comienzos del siglo XIX evolucionará hacia su característico cáliz neoclásico, ausente de decoración, y con un astil de cuerpo inferior troncocónico, que en un principio eran de menor tamaño que los actuales, pero que con el paso del tiempo, se irán alargando progresivamente, de forma considerable, hasta dar el típico perfil de los astiles de sus cálices, sumamente estilizados.

A modo de conclusión podemos decir que, este cáliz es buen ejemplo de sobrio gusto neoclásico por unas formas puras, en la que sólo se valoran los volúmenes en sí. Destaca por su elegancia y esbeltez, pues en sus tres partes (pie, astil y copa) tienden a alargarse, con lo que la pieza adquiere un indudable sentido ascensional. Quizás la ausencia total de decoración dé a la pieza un aire excesivamente insulso.

• El sagrario, está realizado también en plata en su color y sobredorado, con bronce y esmaltes. Podemos decir que el estado de conservación es excelente, quizás sea debido a que es una pieza bastante reciente, datan las inscripciones de su portada del año 1958.

Gracias a que el sagrario quedó registrado en el libro de fábrica de la parroquia, conocemos interesantes datos relativos a su construcción. El Sagrario se costeó mediante suscripción popular, siendo construido en los talleres de la Empresa Nacional Bazán de Ferrol. Su peso alcanza los casi 200 Kg. habiéndose empleado más de 25 Kg. de plata.

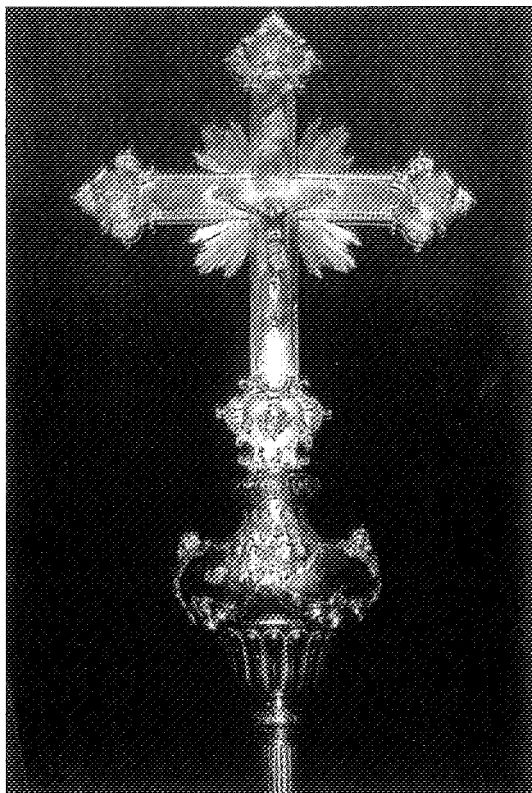
La portada se dispone en forma de tablero vertical. Sobre un primer cuerpo de basamento se asienta la puerta, que tiene forma de arco de medio punto, donde tiene repujado en altorrelieve a Cristo como buen pastor, de plata en su color, y, dejando la plata sobredorada para la cabellera, la barba y el cavado. La portada se remata mediante un frontón casi semicircular, que tiene un tímpano, en esmalte azul, delimitado por moldura perlada, destacándose una paloma, casi exenta,

con las alas explyadas. De esta ave, símbolo del Espíritu Santo, se proyectan veinte ráfagas de rayos que, al igual que la paloma, están sobredoradas. El frontón se remata por medio de una acrótera.

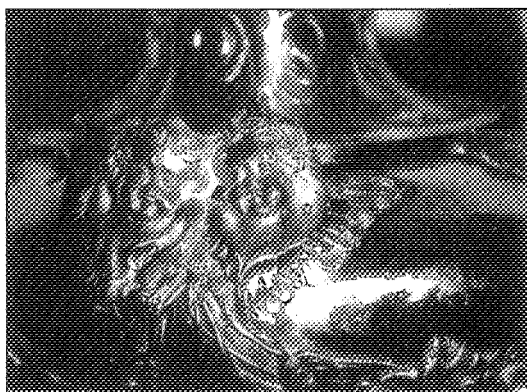
El interior del sagrario presenta, en plata repujada y sobredorada diversos temas, entre los que nos podemos encontrar, por ejemplo: una representación de la Santísima Trinidad en la plancha del fondo; la plancha de la derecha muestra la adoración de la Eucaristía; la plancha izquierda es una representación de la multiplicación de los panes y los peces, episodio de claro simbolismo eucarístico; la plancha del techo es de una enorme belleza, muestra una paloma con las alas abiertas en vuelo, simbolizando al Espíritu Santo, que proyecta ocho ráfagas, cuatro a cada lado con las inscripciones de los siete dones del Espíritu Santo según Isaías 11, 1-2. El tabernáculo hasta los años ochenta estaba encajado en el retablo mayor del templo, pero ciertas reformas producidas en el presbiterio aconsejaron dejarlo exento, como se encuentra en la actualidad.

La pieza destaca sobre todo por la gran riqueza de materiales. La portada sin duda es lo más conseguido, pues al equilibrio de los elementos clásicos se añade un altorrelieve de Cristo, como buen pastor, sumamente digno. El cromatismo de la portada se consigue al ir ciertas de la misma en plata sobredorada y otras en su color, combinándose con esmaltes rojos, verdes y azules de gran delicadeza.

Se trata, en suma, de un sagrario, de gusto neoclásico, que en el exterior presenta una gran belleza formal: los relieves internos, empero, son de una ejecución indocta.



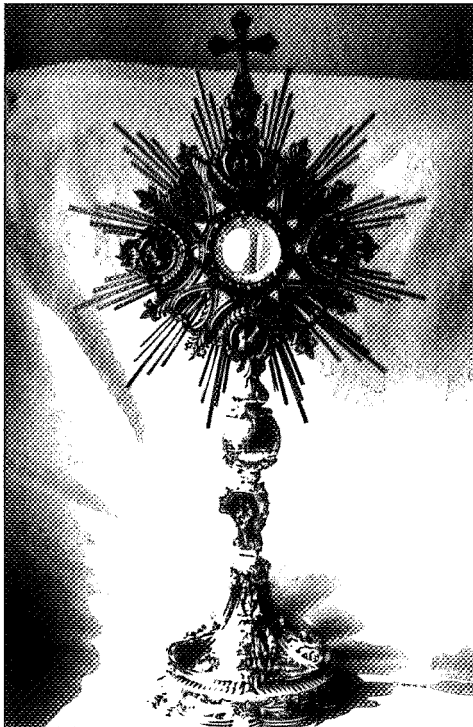
(Fig. 1) Cruz Parroquial de 1796, actualmente preside cultos parroquiales y procesiones litúrgicas.



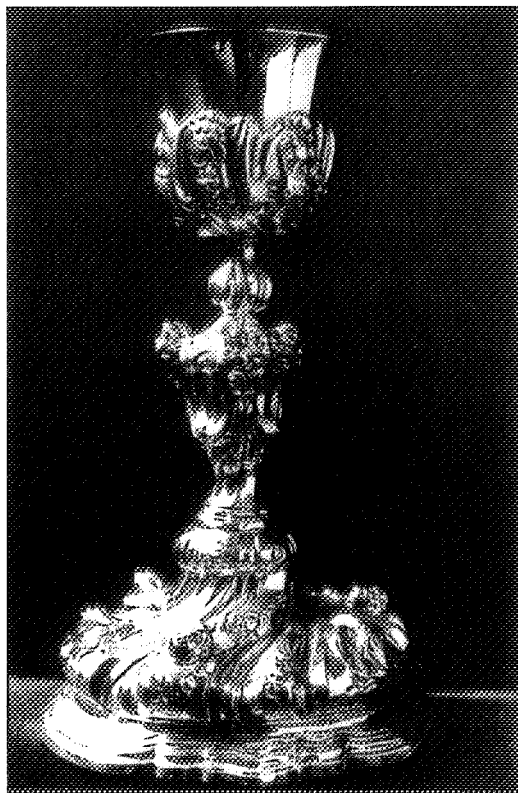
(Fig.2) El pie de la cruz se halla decorado por cuatro pares de cabezas de serafines



(Fig.3) Gran cuerpo piriforme invertido, constituye la mascolla o manzana de la Cruz, de la que cuelgan, cuatro guirnaldas de rosas carnosas y hojas sobredoradas



(Fig. 4) La Custodia Preciosa, realizada en plata y sobredorada, oro y piedras preciosas.



(Fig. 5) Cáliz, obra de Antonio Fernández en Ferrol año 1784. De plata sobredorada.